



# LA CALMA DE LAS ARAÑAS

CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO

# LA CALMA DE LAS ARAÑAS

Consolación González Rico

*“La prisión me había robado la libertad  
pero no los recuerdos”.*

*Nelson Mandela*

### **Una mentira blanca**

*Mañana cumplo cuarenta años. Mejor dicho, dentro de unas horas. Nunca pensé que mi cuarenta cumpleaños lo celebraría en la cárcel. Mi madre decía que me asomé al mundo antes de que el sol se avistara en el cielo, y que por eso necesitaba ponerme en movimiento con el amanecer. Lo que ella no sabía era que cuando los primeros rayos cosquilleaban entre los pliegues de las cortinas de mi cuarto, ya llevaba varias horas maquinando el plan del día que se*

avecinaba para hacerme con un sitio de privilegio ante sus ojos.

Éramos cinco hermanos y yo había nacido en tercer lugar. Nunca recibí el cariño en solitario que recibe el primer hijo, ni tampoco los mimos que se otorgan al más pequeño. Tal vez fuera ésa la causa por la que antes del uso de razón tuviera claro que tenía que lograr a codazos mi sitio en aquella familia numerosa de clase media, donde había que ganarse la confianza y la fama para no ser vilmente aplastado por la presión del entorno.

A los cuatro años descubrí la mentira como un arma inocua que hacía más fáciles las pequeñas conquistas cotidianas, así que a los cuatro años empecé a mentir. La primera fue una mentira blanca. Mi madre preparaba a mis hermanos mayores para ir al colegio, y yo desayunaba en la mesa con Enrique, que a sus escasos tres años ocupaba todavía el sitio de honor del benjamín. No tengo claro si tiré mi vaso de leche sobre su cabeza por juego o por accidente; lo cierto es que empezó a verraquear como un condenado hasta que logró que mi madre se presentara en la cocina. Cuando reparó en el pelo de mi hermano, empapado como una galleta María, su cara se congestionó y sus manos se dispusieron a ejecutar justicia.

Mi madre era hermosa. Las manos de mi madre eran largas y hermosas también. Hechas para las caricias que, como ya he dicho, teníamos que repartirnos los cuatro (medio año más tarde, los cinco).

La vi venir hacia mí y me adelanté para evitar la tragedia que se avecinaba.

—Ha sido Enrique, mamá. No le gusta la leche. Él, mamá. Ha sido él —repetía yo señalando con el dedo al inocente, que no dejaba de hipar mientras el líquido blanco y pegajoso seguía mezclándose con los mocos que abrillanaban su cara mofletuda y rojiza.

No sé si mi madre me creyó porque la prisa le impedía hacer más indagaciones, porque mi cara le resultó convin-

cente o porque se sentía cansada (me inclino por esto último), pero lo cierto es que me creyó.

“Siempre hay una primera vez, y después de esa primera vez los mecanismos que mueven nuestros actos inducen a la reiteración, siempre que la respuesta sea ventajosa o placentera”. Eso dijo el psicólogo al que me llevaron cuando tenía diez años, y en aquella primera y única consulta le explicó a mi madre la manida teoría de los refuerzos positivos y esas gilipolleces que tanto gustan a los invasores de conciencias.

Mi madre lo miraba con ojos de preocupación, pero él la tranquilizó y le dijo que la raíz de mi conducta era un problema de celos, que no le diera más importancia de la que tenía, y que ese pequeño juego, esa desviación inocente, desaparecería con la madurez lo mismo que desaparecen los granos o la costumbre de hurgarse la nariz.

El psicólogo y mi madre hablaban entre dientes, pero yo, aunque sólo tuviera diez años, capté de inmediato el mensaje.

Mentir me interesaba. La mentira me elevaba sobre mis hermanos. Me colocaba en un pedestal de dios, cuando lograba capear los peligros en la escuela o en casa. Si no tenía hecha la tarea del colegio, me dolía tanto la cabeza que mis gritos atraían la atención preferente de mi madre, y sus dedos de ninfa eran sólo míos cuando el dorso de su mano rozaba con suavidad mi frente hasta cerciorarse de que no ardía de calentura.

Todavía soy capaz de desternillarme de risa cuando recuerdo mi octavo cumpleaños. Mi madre había preparado una enorme tarta de chocolate, que guardó con esmero en la nevera, sin darse cuenta de que unos ojos golosos, los míos, más por el placer de inculpar a mi hermano Jorge que por degustar la tarta, observaban cada uno de sus movimientos.

Cuando la vi entrar en el cuarto de baño supe que había llegado el momento de perpetrar el golpe.

*Saciado mi apetito, dirigí mis pasos a la habitación de los dos mayores, y dejé las huellas marrones y pegajosas sobre la almohada de Jorge, que en esos momentos disfrutaba de los dibujos de la tele con el método y la paciencia que desde pequeño le han caracterizado. Pese a su empeño en defender su inocencia, no se libró de la regañina de mi madre, quien me consoló con el más tierno de los abrazos por no poder ofrecerme una tarta como Dios mandaba.*

*Pero las mentiras fraguadas para guardar mis espaldas en el entorno escolar eran las más elaboradas; las que me hicieron pasar de amateur a profesional. Si el profesor me sorprendía sin cuaderno, mis hermanos pequeños eran objeto de las acusaciones más peregrinas. Cuando me pillaban en blanco el día del examen, sacaba la misiva con la enrevesada firma de mi padre, en la que justificaba con pelos y señales las razones que me habían impedido estudiar. Tan lograda era la rúbrica, que ni su creador hubiera podido distinguirla de la original. Mucho menos el destinatario.*

*Sin embargo, donde puede decirse que alcancé el doctorado fue en la falsificación de las notas del bachiller. Con técnicas artesanales y sofisticadas me hicieron ponerme a la cabeza de los cinco Ayala, y por supuesto lograr plaza en la facultad de Derecho de la Complutense. Entonces tenía la certeza de que el campo de la abogacía era el más idóneo para desarrollar aquella condición mía que a esas alturas ya se había convertido en un arte...*

Se acabó la calma. Ya estamos con los ruidos de cada noche. Los cerrojos y los golpes en las puertas son el aviso de que los colegas que trabajan en panadería se han puesto en marcha. Se jodió la escritura por hoy. Y yo que quería ser el primero en entregar mi biografía a la terapeuta ésa de tratamiento. Mira que es guapa, coño. Psicóloga, pero guapa. Desde que hace un par de meses la vi cruzar el patio por primera vez, no me la quito de la cabeza. Y el jueves, en la primera charla, se atreve a decir que ha elegido

esto por vocación. Ya tiene ganas de meterse entre rejas con la gentuza que campa por aquí. Si al menos los otros fueran ladrones de guante blanco como yo... Me tocan los cojones las miradas que ya desde el primer día le lanza al drogata de mierda del *Madrileño*. Sí, es más joven que yo, y qué. Pero está hecho una piltrafa. Todos los días a la cola de la metadona con el síndrome de abstinencia escrito en la cara. Seguro que tiene SIDA. O hepatitis B. ¿Qué se puede esperar de ése en un vis a vis? Yo en cambio le iba a enseñar lo que es un tío de verdad. Cuando mira parece que se entrega, con esos ojos ámbar de gata en celo. *Si alguno quiere contarnos alguna cosa sobre su infancia, o hablar de las circunstancias que lo trajeron hasta aquí, en la sesión del próximo jueves podrá hacerlo...* Con esa voz que excita el deseo y esas manos que suben y bajan... Si no fuera porque está el funcionario delante, más de uno se la comería entera.

Tengo que idear un plan de ataque. Soy atractivo, inteligente y culto, tengo don de gentes y sé cómo embaucar a quien me salga de los cojones. Es cuestión de tiempo y de método. Aquí el tiempo sobra, y en cuanto al método, entrenamiento no me falta después de tantos años, de modo que a esperar.

De momento, lo que he escrito estoy seguro de que le va a impactar. Ya que tiene acceso a mi historial, que se empape bien de lo que soy capaz. Tengo que sorprenderla. Intrigarla. Hacerle ver que la realidad de mis andanzas supera las cuatro chuminadas que habrá leído en el nutrido dossier de mi expediente.

Si se me antoja, sólo con chasquear los dedos la someto a mis deseos. Pero iré con tiento. Mirando bien el terreno que piso. Primero le entrego la *tarea*, y luego observo la reacción que produce en ella. Si pica el anzuelo, le daré mi vida por entregas al estilo culto y caballeroso. De lo contrario, le enseñaré otras facetas de mi condición más primarias, pero nada desdeñables. Ahí fuera pueden atestiguarlo



decenas de hembras que se dejaron embaucar por mi talento. Ella no va a ser una excepción.

De esos pobres diablos no tengo nada que temer. Cuatro analfabetos sin recursos que no saben mover la lengua si no es para escupir gargajos en el patio y decir estupideces. El único que me preocupa es *el Madrileño*. La mira como un cordero. Ya he visto mucho, y no puedo permitir que empiece despertando su instinto maternal y termine estimulando otros instintos menos elevados. Estas ilusas que aterrizan por aquí, con la intención de redimir a cuatro infelices, terminan enredándose con ellos como los auriculares en los bolsillos.

A ver si duermo unas horas y me levanto nuevo, y mañana antes de la sesión me paso por la escuela y le pido al maestro un sobre. *Para Paula*. Eso es. No pienso poner otra cosa. Su nombre escueto. Es más directo. Y cuando se lo entregue, un roce estudiado en los dedos y una mirada de las que desnudan; de esas que tanto les gustan a las tías. Todas son iguales, por mucho título que cuelguen en la pared. Me río yo de las ONGs andantes que eligen un sitio como éste para poner en práctica sus teorías de mierda.

Antes de tres semanas, Paula habrá tragado el anzuelo.

## *Cumpleaños en la cárcel*

Lo que no queda escrito es como si nunca hubiera ocurrido. Por eso, y porque en la tarde de mi cumpleaños no tengo nada mejor que hacer, me apetece dejar constancia en papel de la primera cita con la psicóloga, mi único regalo, aunque tenga que esperar un tiempo para quitarle la envoltura.

Cuando entró por la puerta desnudé su cuerpo. Me gusta evocar la entrada de Paula. Su pantalón marrón ajustado que le dejaba al descubierto media pierna, y su blusa a juego por la que asomaban dos tetas apretadas bajo una camiseta naranja. Las tetas de Paula me gustan tanto como sus ojos. Lástima que tenga que esperar para decírselo.

Cierro los ojos y la veo caminar segura hacia la mesa con su cartera de piel marrón claro bajo el brazo, sus manolinas del mismo color y ese olor a hembra camuflado entre efluvios de perfume.

Saludaba detrás de la mesa, daba explicaciones sobre la terapia que me daban igual, hablaba de la dinámica de grupos, incitaba a que las lenguas se desataran. *Estamos aquí de forma voluntaria. Si alguien se siente incómodo puede abandonar la sesión.* Y los siete, siguiendo el movimiento de sus labios y de sus manos que se movían al compás; de su pelo rubio, que brincaba como una provocación entre los hombros y la espalda. *¿Quién empieza? Todos se quedaron mudos. Y sus ojos que buscan al Madrileño, y el Madrileño que mira al suelo, y yo que me levanto del silencio con movimientos estudiados. Empiezo yo mismo, le digo, desdoble el papel, y la miro como ella miraba al Madrileño.*

*Hoy cumpla cuarenta años* (todos, también ella, me interrumpieron para felicitar me, y yo fingí un agradecimiento que estaba lejos de sentir; la felicidad no habita en sitios

como éste). *Nunca pensé que mi cuarenta cumpleaños lo celebraría en la cárcel...*

Leía y leía sin parar; con entonación estudiada. Doce ojos observándome con envidia, y dos ojos melosos, los que me importaban, mirando con sorpresa. Pausas estudiadas también. Y los oídos abiertos, escuchándome sin perder ripio. Y la admiración pintada en la cara del reducido auditorio.

Pero yo leía para ella; sólo para Paula. Hasta que sonó el final, que no era más que el principio: (...) *tenía la certeza de que el campo de la abogacía era el más idóneo para desarrollar aquella condición mía, que a esas alturas ya se había convertido en un arte...*

Hasta ahí. Sólo hasta ahí. Doblé los papeles y tomé asiento con el orgullo del torero que ha rematado la faena, entre los aplausos de los *colegas* y una media sonrisa de la psicóloga que terminó aplaudiendo también.

—Gracias, Juan Pablo. Te ha tocado romper el hielo. ¿Quién va a ser el próximo?

Yo esperaba algún comentario elogioso, una indicación al resto de que aquello era lo que ella pretendía; el paradigma del buen hacer, pero su objetivo se dirigió al *Madri-leño*; como si no hubiese nadie más en la sala de terapia.

—¿Has preparado algo, Alberto?

El desgraciado ni levantó la cabeza.

—No te sientas presionado, de verdad. Si no quieres hablar, respetamos tu silencio.

Desde la posición de privilegio que me proporcionaba el ángulo derecho del pequeño recinto, podía observar sin tener que girar la cabeza a cada uno de los infelices con quienes, de momento, tenía que compartir a Paula. La arquitectura endeble del *Madri-leño* se derrumbaba en la silla demolida por sus ojos. Imagino que en esos momentos el *hijoputa* hubiera querido desaparecer. Pero aguantó aque-

lla mirada de gata, y hasta se atrevió a mascullar cuatro palabras apenas audibles.

—Disculpe... Hoy no puedo...

Paula abandonó la trinchera y se aventuró a un cuerpo a cuerpo en la línea de combate. Nunca le perdonaré que cuatro palabras escupidas entre temblores tuvieran más eco que tres folios robados al sueño. Se acercó a la mesa del *colgao* y con voz insinuante le dijo:

—No pasa nada, Alberto. Estas primeras sesiones son para conocernos; para perder el miedo al grupo. Es normal lo que te sucede. Piensa que nunca te vamos a obligar a decir lo que quieras callar. El momento apropiado llegará cuando tú te sientas seguro y necesites que te escuchemos. ¿Entiendes lo que te digo?

Asintió con la cabeza mientras ella se lo comía con los ojos. Yo apreté las mandíbulas y me tragué las ganas de pedir explicaciones; de reclamar mi derecho a unas palabras de ponderación, a una mirada floja, de ésas que tanto me gustan en sus ojos, y que ahora *el Madrileño* disfrutaba en exclusiva. Pero sabedor como ya he dicho de que la mentira bien urdida es más rentable que la verdad, apuré mi dosis de rabia y apostillé su invitación.

—Paula tiene razón, Alberto. Habla cuando te salga de dentro. Cuando el grupo te inspire confianza. ¿Acaso piensas que a mí me ha resultado fácil? Pues no, amigo, pero ahora me siento mejor; como si me hubieran quitado toneladas de polvo de la conciencia.

Paula me dedicó la primera mirada, y yo la sujeté cuanto pude intentando hacer un nudo entre ella y mis intenciones. Entendí que había salido airoso ante sus ojos, y me dije que esperaría paciente el próximo asalto.

Volvió a ocupar su mesa y, con gesto expectante y silencio elocuente, fue recorriendo con los ojos las caras de los interfectos en espera de que alguien más se lanzara a la plaza.

Lo que vino después no ensombreció un ápice mi brillante discurso. Una mano, la de Lucas, se levantó retadora. *Te escuchamos*, le dijo Paula al espontáneo, y éste, entre vacilaciones y balbuceos, pintó con trazos torpes el cuadro patético de su miserable existencia.

—Yo no escribo como aquí, *el Abogao*. Casi no fui a la escuela. Siete bocas y un padre borracho no daban *pa* perder el tiempo, y lo principal era comer. Diez años tenía... Ésa era mi edad cuando me eché a la calle *pa* buscarme la vida... Mi padre bebía y nos pegaba, y yo me ponía en medio para proteger a mi madre, ¿sabe *usté*? Luego, en la calle, ya se sabe, te lo encuentras *to*; la droga, y los colegas y eso... hasta que la *pasma* te *fila* y te echa el guante. Y en esas casas donde te meten porque no *ties* la edad *pa* entrar al *maco*, te enganchas a lo que se ponga por delante... Creces en eso... y la droga, ya se sabe... necesitas *pasta* y te lías con cualquiera *pa* hacerte con ella... Y luego necesitas más, y más... Ya no reparas, y si *puees abucharar* al personal *pa* que te suelte la tela, no te andas con chiquitas... Con los puños o la *chaira*, que ya te da un poco lo mismo, no sé si *usté* me entiende...

Aquí hizo una pausa y lanzó una mirada retadora a los oyentes, mientras Paula asentía con la cabeza.

—Entrábamos en las casas y daba igual si había gente dentro o no... Esa mierda no te deja pensar, coño... ¿He dicho que a los doce probé el hachís? Bueno, pues eso. Luego, otras cosas, de esas que te llevan de viaje y te revientan la cabeza... Tenía dieciséis años cuando me *pinché* heroína... Un día, en un chalé, me pillaron con las manos en la masa y tuve que defenderme.

Apretó los puños y se quedó callado. No me pasó desapercibida la cara de muerto del *Madrileño*, que no paraba de moverse en la silla sin encontrar la postura.

—La vida tuerce los caminos, *mijo* —lamentó *el Chileno* con la sensiblería de los de su especie.

—Mismamente. Pero ya no *m'acuerdo* de na...

Se escucharon risas malintencionadas.

—No me acuerdo, joder. Sí, ¡qué cojones pasa! He dicho que no me acuerdo. Tengo baches en la cabeza, me lo ha dicho la médica... Me cayeron treinta años, de eso sí que no me olvido... ¡La puta sociedad tie la culpa de que esté metío en esta mierda!

El cambio de tono puso en guardia a Paula. Se levantó de la silla, se acercó a él y le habló con esa voz que me traería cada noche a la celda si me la prestara.

—Gracias Lucas. Has sido valiente.

Luego se miró el reloj y concluyó:

—Otro día seguimos. Os espero aquí la próxima semana.

Sus ojos de gata, también en la despedida, buscaron al *Madrileño*.

Y allí nos quedamos los siete como cazadores acechando a una pieza prohibida hasta que, cartera en mano y contoneando las caderas, Paula salió por la puerta.

## *Infancia en La Legua*

Las sesiones de terapia han despertado la memoria de Sebastián Valdés. Sus primeros recuerdos están unidos al barrio de La Legua, así llamado por encontrarse a una hora, caminando a pie, de la Plaza de Armas en Santiago de Chile.

Acababa de cumplir cinco años cuando en 1951 la familia se acoge a un plan de emergencia municipal, por el que recibe una de las viviendas provisionales que fueron construidas como ampliación de la barriada. De este modo, se pretendía paliar el grave problema de alojamiento en aquellos años de expansión de la ciudad.

*Legua Emergencia*, que así llegaría a denominarse la tercera fase del barrio, tenía la estructura de la esquena de un pez. Las callejas se alineaban perpendicularmente a la calle principal formando espigas de casas iguales en hileras de treinta que mantenían la misma línea de fachada. Mil viviendas en planta baja con techo de zinc, suelo de cemento y una pequeña ventana, que albergaban a otras tantas familias igualadas por la situación de pobreza que condicionaba sus vidas.

Así fue como la población de *Legua Emergencia* se unió a la primigenia, que había dado origen al barrio en la década de los años treinta con el asentamiento de obreros sin trabajo, venidos de la quiebra de las salitreras en el norte de Chile. Su intención fue entonces encontrar un hueco en las nuevas industrias o en las obras públicas que emprendía el Estado. A ellos, a su vez, se había unido poco más tarde un segundo asentamiento, colonos en su gran mayoría, que habían tomado para su explotación los campos cercanos del barrio Zañartu de Ñuñoa y necesitaban un lugar donde establecerse con sus familias.

Este marco, plural en cuanto al origen, y homogéneo en lo que respecta a la situación de necesidad de quienes